

LA ENSEÑANZA ESPIRITUAL DE LOS MONJES DE EGIPTO: LA FORMACIÓN DE UNA TRADICIÓN¹

Antoine Guillaumont²

Pocos escritos, a excepción de los Evangelios, han tenido en la historia de la espiritualidad cristiana, una difusión y una influencia comparables a las de las colecciones de los *Apotegmas*, o *Dichos de los Padres* (*Apophthegmata Patrum, Verba Seniorum*), que transmitieron al mundo cristiano la enseñanza de los monjes de Egipto, investidos, ante numerosas generaciones de monjes, de un valor en cierto modo normativo. Hay testimonios de estas colecciones no solo en griego, que fue la lengua de las primeras grandes colecciones, y en latín, sino también, durante el primer milenio, en todas las lenguas del Oriente cristiano: copto, siríaco, armenio, georgiano, árabe, etíope; su difusión se extiende desde lo que era entonces el extremo Occidente, España, patria de una de las recensiones latinas, hasta el Asia central, pues se han encontrado fragmentos con fragmentos de los Evangelios, en los vestigios de una literatura cristiana escrita en sogdiano, una lengua iraní.

El lugar de origen de los apotegmas está, por el contrario, bien delimitado:

1 Del libro *Études sur la spiritualité de l'Orient chrétien*, Bégrolles-en-Mauges, Abbaye de Bellefontaine, 1996, pp. 81-92 (Col. Spiritualité Orientale, n. 66). Parte III. Original publicado en: M. MESLIN (Ed.), *Maître et disciples dans les traditions religieuses*, Paris, Eds. du Cerf, 1990, pp. 143-154. Traducción del francés realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb. Abadía Gaudium Mariae, Córdoba, Argentina.

2 Antonio Guillaumont (1915–2000) fue un historiador del cristianismo oriental antiguo, especialmente del siríaco y del copto, y arqueólogo. También doctor en letras. Se desempeñó como Director de estudios en la Escuela práctica de Altos Estudios (cátedra de “Hebreo y arameo” y cátedra de “Cristianismo Oriental”). Además fue profesor en el Colegio de Francia (cátedra de “Cristianismo y gnosis en el oriente preislámico”). Presidió la sección francesa de la Asociación internacional de Historia de las Religiones.

los desiertos del Bajo Egipto, conocidos con los nombres de Escete (la actual Ouadi Natroun); Nitria, a unos 60 kilómetros al norte (el sitio está actualmente en el Delta occidental, a alrededor de 50 kilómetros al sudeste de Alejandría); las Kellia, o Celdas, a alrededor de 18 kilómetros al sur de Nitria, a la entrada del desierto de Libia. La época de los mismos es la de las tres o cuatro primeras generaciones de monjes de esos desiertos, desde los fundadores, Macario llamado el Egipcio en Escete, Amoun en Nitria y en las Kellia, ambos discípulos de san Antonio; se trata en efecto de un monacato de tipo antoniano, distinto del monacato del Alto Egipto dominado por la figura de san Pacomio. En esos desiertos el modo de vida era el semi-anacoretismo: los monjes vivían como solitarios, en celdas bastante distantes las unas de las otras, y se reunían, al final de la semana, para lo que se llamaba la “sinaxis”, una liturgia celebrada en común, acompañada de una comida, tomada, también, en común. En los momentos de esos encuentros semanales era cuando podía nacer el apotegma, pero más a menudo en el transcurso de las visitas que podían realizarse, durante la semana, a estos solitarios que, salvo raras excepciones, no eran reclusos; se ve también, bastante a menudo, a un monje joven vivir al lado de un monje de edad o enfermo, de quien es a la vez el servidor y el discípulo. El apotegma es la respuesta dada por un anciano, un “geronte” (*gérôn*, ¿cualidad que no está necesariamente relacionada con la edad!) a la pregunta planteada por un monje normalmente más joven, y esta pregunta tiene una forma casi estereotipada: “Padre, dime una palabra (*logos*), una frase (*rèma*), cómo podré salvarme”. El anciano interrogado es llamado “padre” (*pater*), más a menudo con el término de origen arameo “*abba*”. Pero no es un superior jerárquico investido de alguna autoridad, ni un maestro o un doctor que tiene la función de enseñar, y mucho menos, un retórico hábil en hacer discursos. Se le pide consejo solamente porque se sabe que es un hombre con experiencia, un “anciano”, y sobre todo un hombre de Dios, un espiritual, gratificado, como se decía, con el “carisma de la palabra”, es decir, cuya palabra es considerada como inspirada: él es un personaje tenido por carismático, lo que no es necesariamente propio de todo anciano, sino que puede ser –hay ejemplos de ello– facultad de monjes todavía jóvenes.

Quienes en mayor medida lo son –y puede parecer paradójal que los apotegmas hayan nacido en ese medio monástico–, son esos monjes que por su vocación se consagran al silencio: a Arsenio, mientras era todavía alto funcionario en el palacio imperial antes de llegar a ser monje en Escete, una voz celestial respondió así a su pregunta: “¿Cómo podré salvarme?”: “Arsenio, huye de

los hombres, cállate y vive en la *hésychia*”³. Estos monjes son, en efecto, por excelencia, “hesicastas”, y la *hésychia* por la cual se define su género de vida, es simultáneamente soledad y silencio; es también, como se dice a menudo, “permanecer sentado en la celda”, ya que la guarda de la celda es el precepto fundamental. A un monje joven que viene a pedir una palabra para salvarse, el anciano le responde: “¡Permanece sentado en tu celda, y tu celda te lo enseñará todo!”, lo que debe tomarse naturalmente *cum grano salis*⁴ pues si ese consejo se hubiera tomado literalmente, ¡no tendríamos apotegmas!⁵ Pero esa expresión dice mucho, me atrevo a afirmarlo, sobre el modo cómo esos monjes tendían a enseñar. Se cuenta que un día el obispo de Alejandría, Teófilo, vino a visitar a los monjes de Escete; a un anciano monje famoso por su silencio, le hicieron esta recomendación: “*Abba*, ¡di al papa una palabra, a fin de que le sea de provecho!”; a lo que el anciano monje replicó: “Si él no saca provecho de mi silencio, ¿cómo obtendría provecho de mi palabra?”⁶. Esos monjes en efecto apuntaban a enseñar más por el ejemplo que por la palabra. El discípulo es invitado a imitar al maestro, más que a escucharlo. Un hermano pide al *abba* Sisoos: “¡Dime una palabra!”, y Sisoos responde: “¿Por qué me fuerzas a hablar vanamente? ¡Mira y haz lo que ves!”⁷.

El anciano no responde por lo tanto de buena gana; y cuando lo hace, es, como a menudo se dice, “con pesar”, “con gran pesar”; hace esperar su respuesta, a veces por mucho tiempo: se cuenta que un monje vino un día a encontrarse con Ammoes para pedirle una palabra, y solamente al cabo de siete días, ¡Ammoès respondió!⁸ Y cuando el anciano responde, lo hace en pocas palabras: el carácter que más llama la atención del apotegma es, en efecto, su concisión; toma la forma de una sentencia, volcándose a veces hacia la parábola. El apotegma tiene también un carácter concreto: fácilmente el anciano agrega a la palabra, el gesto, un gesto simbólico. Al preguntarle un hermano “¿Cómo podré salvarme?”, un

3 Arsenio 2 (88 C). Las referencias remiten, para los apotegmas nominativos, a PG 65,1-440, y para los anónimos, a ROC, años 1907-1913. Abreviaturas empleadas: CSCO = *Corpus scriptorum chistianorum orientalium*; PG = Migne, *Patrologia griega*; PL = Migne, *Patrologia latina*; ROC = *Revue de l'Orient chrétien*; SC = *Sources chrétiennes*.

4 *Cum grano salis*: “con una pizca de sal” = de gracia, de agudeza (N.d.R.).

5 Moisés 6 (284 C).

6 Teófilo 2 (197 D).

7 Sisoos 45 (405 B).

8 Ammoès 4 (128 A).

anciano, sin decir nada, deja sus vestidos, se ciñe los riñones, extiende las manos y dice entonces: “Así debe ser el monje, despojado de la materia de esta vida y crucificado”⁹.

El apotegma se reduce ante todo a la respuesta a una pregunta; la pregunta misma puede faltar y se tiene un apotegma introducido solamente por la fórmula: “El *abba* tal dijo...”. Pero muy pronto el apotegma tiende a desarrollarse, y esto cada vez más y de diversas maneras. A veces la pregunta está precedida por la evocación de las circunstancias que llevaron a un hermano a plantearla: el apotegma tiende entonces a tomar la forma de una pequeña anécdota. La respuesta misma puede ser más o menos desarrollada. A veces la respuesta que se da a la pregunta planteada lleva a una segunda pregunta; se tiene entonces un apotegma doble, por ejemplo: *abba* Isaías interrogó a *abba* Macario diciendo: “¿Dime una palabra!” El anciano le dice: “¡Huye de los hombres!” *Abba* Isaías le dice: “¿Qué es huir de los hombres?” El anciano le dice: “Es permanecer sentado en tu celda y llorar por tus pecados”¹⁰. Al desarrollarse así, el apotegma puede dar nacimiento a un verdadero diálogo, y éste ser insertado a veces en un breve relato. Otra forma de desarrollo, más interesante para lo que nosotros estudiamos: ocurre que el anciano, al estimar que no puede responder por sí mismo, responde refiriéndose a otra palabra; ésta puede ser una palabra sacada de la Escritura; así: Un hermano interrogó a *abba* Poimén diciendo: “¿Qué haré?”, a lo que Poimén responde: “Está escrito: proclamaré mi iniquidad y me acordaré de mi pecado” (*Sal* 37,19, Sept.)¹¹. Otra manera, frecuentemente empleada por el anciano para responder de modo oblicuo, sin hacerse ver, es responder haciendo referencia a la palabra de otro anciano. Tenemos así un apotegma en dos grados: “*abba* tal dijo que *abba* tal decía...”, a veces incluso en tres grados: “*abba* tal dijo que *abba* tal dijo que *abba* tal decía...”¹². Vemos así formarse una tradición por la transmisión de la palabra de un anciano, por medio de una cadena de transmisores. En lugar de una palabra del anciano, puede ser su conducta, tal o cual acción de él, lo que es referido: los apotegmas, en efecto, refieren no solamente las palabras de los ancianos, sino también sus acciones y gestos por medio de los cuales se expresan igualmente sus enseñanzas.

9 Anónimo 143 (ROC 1908, p. 49).

10 Macario Eg. 27 (273 B).

11 Poimén [= Pastor] 153 (360 B).

12 Cf. Poimén 46 (333 A) y 87 (344 A).

Otro rasgo destacable: en el origen, el apotegma es nominativo y lleva del nombre de un gran anciano: Antonio, Macario o algún otro personaje carismático, inspirador de la tradición. Pero bastante rápidamente, se ven aparecer apotegmas anónimos, que forman una serie muy larga: “Un anciano dijo...” Por fin, el singular se sustituye a veces por el plural: “Los ancianos dijeron...”¹³ La enseñanza transmitida no es más la de un gran anciano, sino que es la de la tradición, representada, de un modo global y anónimo, por los ancianos. Esta tradición, esta transmisión de las palabras de los ancianos, era experimentada como tanto más necesaria cuando se tenía –y se lo tuvo muy pronto– el sentimiento de una especie de degeneración en las prácticas y de un debilitamiento, incluso de una pérdida, del carisma de la palabra, al haberse dejado de poner en práctica la palabra de los Padres inspirados. Ocurre con ese carisma de la palabra como ocurrió, en la tradición judía, con el carisma de la profecía, que cesó después de Zacarías y Malaquías. El paralelo es explícitamente hecho en un apotegma anónimo: “Un anciano dijo: los profetas hicieron libros; después vinieron nuestros Padres, que los pusieron en práctica; los que vinieron después de ellos los aprendieron de memoria; después vino esta generación que los ha copiado y puesto en los armarios, sin hacer nada más”¹⁴. El carisma de la palabra desapareció, porque la palabra de los ancianos ya no era más escuchada ni puesta en práctica. De ahí la necesidad de asegurar la transmisión de la palabra inspirada de los ancianos, y esa es la tarea de los ancianos del tiempo presente: éstos no son más “neumatóforos”, portadores del Espíritu, como se dice de Antonio o de Macario, sino que son de ahora en adelante, portadores, transmisores de la palabra¹⁵. Este hecho es lo que explica el gran desarrollo de los apotegmas, como decía, en dos o tres grados. Es de destacar que los apotegmas de este tipo son particularmente numerosos entre aquellos que se atribuyen a *abba* Poimén, un monje de Escete que se sitúa hacia el final de lo que puede considerarse como el período con vida de los apotegmas, el cual va *grosso modo* desde mediados del siglo IV hasta mediados del siglo V. Éste es un fenómeno muy importante, pues así es como queda asegurada, de una generación a otra, la transmisión de los apotegmas y como ha sido constituida la tradición apotegmática.

Esta tradición, primero puramente oral, experimentó, por las mismas razones, la necesidad de ser puesta por escrito. Nos han llegado dos grandes

13 Cf. Anónimos 96-132 (ROC 1907, pp. 401-404).

14 Anónimo 228 (ROC 1909, p. 361).

15 Cf. Antonio 30 (85 B) y Macario Eg. 38 (280 A).

colecciones, que fueron constituidas en la segunda mitad del siglo V: una es de tipo alfabético, más exactamente alfabético-anónima: en ella los apotegmas están ordenados según el orden alfabético de la letra inicial de los nombres de los monjes, desde Antonio hasta Or (el texto griego de esta serie editado en PG 65); le sigue (editado incompletamente en ROC 1907-1913) una larga serie de anónimos; la otra colección (cuyo texto griego todavía está inédito) es conocida por una versión latina hecha hacia mediados del siglo VI (Pelagio y Juan, PL 73): los apotegmas aquí están ordenados de modo sistemático, clasificados por tema, con un cierto número de rúbricas. Esta segunda colección parece haber sido hecha sobre la precedente, más exactamente sobre un estado de esta última, anterior a aquel que nos ha llegado: tiene en efecto indicios de un modelo alfabético. Antes de la colección alfabético-anónima, existieron otras colecciones, más pequeñas, a partir de las cuales esta última fue constituida, como nos lo advierte el mismo autor en su prólogo: “Muchos ya, en diversos momentos, han dispuesto en forma de relatos estas palabras y buenas acciones (advértase ¡palabras y acciones!) de los santos ancianos, en un estilo simple y sin adornos, pues tenían solo en vista el provecho [espiritual] de un gran número. Pero, como el relato de la mayor parte es hecho de modo confuso y sin orden, eso creaba algunas dificultades para el espíritu del lector...”, y explica a continuación que, para poner orden en esa materia, la dispuso según el orden alfabético de los nombres de los monjes, colocando al final los apotegmas que no estaban atribuidos nominalmente¹⁶.

De esas pequeñas colecciones que fueron, parece ser, bastante numerosas, dos nos son conocidas. La más antigua se encuentra en un libro de Evagrio titulado *Tratado práctico* o *El monje*, escrito en las Kellia hacia fines del siglo IV: ese tratado finaliza con una decena de apotegmas, de los cuales los primeros son nominativos, atribuidos a Antonio, Macario el Egipcio y Macario el Alejandrino, y los demás son anónimos; esos apotegmas están introducidos por una fórmula que indica claramente el objetivo de esta pequeña colección: “Es necesario también interrogar los caminos de los monjes que nos precedieron en el bien y ordenarnos según ellos, pues se pueden encontrar muchas hermosas cosas dichas o hechas por ellos” (“dichas o hechas”, por lo tanto ¡palabras y acciones!)¹⁷. Este es el más antiguo testimonio que tenemos sobre los apotegmas; hay otros testimonios que son referidos en otras obras del mismo autor. Se los encuentra asimismo citados en algunos autores de la primera mitad del siglo V, Paladio, Casiano y el historiador

16 PG 65,73 A.

17 Cf. SC 171, pp. 692-693.

Sócrates, prueba de que en esa época ya los apotegmas circulaban, por lo menos oralmente, en los medios monásticos. Otra pequeña colección se encuentra en los escritos de un monje Isaías que, originario de Egipto, vivió en Palestina a lo largo del siglo V y quien es el autor de una treintena de pequeños tratados o *logoi*; el último proporciona una serie de apotegmas introducidos así: “Hermanos, lo que escuché y vi entre los ancianos, se lo refiero a ustedes sin quitar ni agregar nada”¹⁸; siguen una quincena de apotegmas atribuidos a diferentes monjes egipcios, que se vuelven a encontrar en la colección alfabética; pero aquí están relatados en primera persona, como palabras dichas a Isaías mismo. Es difícil, por el momento, pronunciarse acerca de la fecha exacta de ese texto, sobre la autenticidad de esos apotegmas y sobre la relación de ellos con los de la colección alfabética; pero, como los que relataban Evagrio y los otros autores que cité, nos permiten llegar, en la historia de la formación de los apotegmas, a un estado anterior a aquel de las grandes colecciones, al revelar una época en la que la tradición está todavía viva.

Nos gustaría poder remontarnos más, hasta el origen mismo de los apotegmas, en otros términos, poder estimar su autenticidad, apreciar su valor de testimonio respecto de los monjes de quienes pretenden relatar las palabras y respecto del medio en el cual vivieron. Una cosa por lo menos es cierta: que esos apotegmas, en la medida en que son auténticos, han sido pronunciados en copto, la única lengua que había sabido hablar la casi totalidad de los monjes cuyas palabras refieren los *Apophthegmata Patrum*; únicamente algunos monjes de origen extranjero, como Arsenio o Evagrio, conocían el griego; los demás lo ignoraban. Esto se dice explícitamente de Poimén, bajo cuyo nombre se ponen casi cerca de cincuenta apotegmas de la serie alfabética¹⁹. De Pambó, otra gran figura de la colección, Sócrates nos dice que era “iletrado” (*agrammatos*), término que emplea también san Atanasio a propósito de Antonio mismo: por esto hay que entender que esos monjes ignoraban las letras griegas²⁰. Casiano, que permaneció durante muchos años, a fines del siglo IV, entre los monjes de Nitria y de Escete, de los que pretende relatar las conversaciones que tuvo con ellos, afirma que los extranjeros, como él y su compañero Germán, no pueden conversar con estos monjes más que por intermedio de intérpretes²¹. La lengua original de los apotegmas no podía por lo tanto ser más que el copto. Ahora bien, tenemos precisamente en copto una

18 Cf. CSCO 293, pp. 28 ss.

19 Poimén 183 (365 D)

20 Cf. PG 67,513 A, y PG 26,841 A.

21 Cf. SC 54, pp. 222-223.

colección de apotegmas: ¿Sería ésa la redacción primitiva? Lamentablemente no lo es en absoluto: ese texto copto, que conserva una gran parte de una colección relacionada con la colección sistemática, es una traducción hecha sobre un texto griego, como lo muestran numerosas faltas que resultan indiscutiblemente de contra-sentidos hechos sobre un texto griego. El texto original es por lo tanto el de las grandes colecciones griegas, sobre las cuales han sido hechas, directa o indirectamente, todas las versiones, comprendida la misma versión copta. Sin duda ese texto contiene varios copticismos, menos numerosos sin embargo de lo que a veces se ha pretendido, pero los mismos se explican suficientemente por el substrato oral.

Aún más, las primeras grandes colecciones griegas que tenemos, son de obras de carácter netamente literario y no pudieron ser redactadas más que en un medio de cultura griega. Su misma forma lo señala, pues la colección alfabética, que es probablemente la primera, está constituida según el alfabeto griego, y no el copto. Esas obras, por añadidura, revelan ser de un género literario que está ciertamente muy extensamente representado en las culturas del Cercano Oriente y en el judaísmo: pienso en los diversos libros de sabiduría, pero más particularmente en el famoso tratado de la Mishná titulado *Pirqê Aboth*, “los capítulos de los Padres” donde se ve paralelamente la enseñanza recibida por Moisés transmitirse de maestro a maestro, de rabí a rabí, con una fórmula siempre idéntica: “Rabí tal dijo (o decía)...”, algunas veces: “Rabí tal dice que, Rabí tal decía...”, lo que recuerda lo que he denominado el apotegma en dos grados; algunas veces, como en los apotegmas, hay una pequeña representación, con la evocación de las circunstancias en que la palabra ha sido pronunciada. Pero las analogías más estrechas se encuentran en la tradición literaria griega, donde proliferaron las colecciones de sentencias; pensemos en los apotegmas de los sabios, en los *Apophthegmata* que se encuentran en las obras morales de Plutarco, “Apotegmas de reyes y de generales”, más particularmente los “Apotegmas de los lacedemonios” (*Apophthegmata lacónica*) que ofrecen, en cuanto a la forma, las semejanzas más impresionantes con los *Apophthegmata Patrum*: como en estos últimos, en efecto, los apotegmas están repartidos en dos series: una serie de apotegmas nominales, clasificados según el orden alfabético de los nombres de los personajes, después una serie de apotegmas anónimos. Parece claro que la colección alfabético-anónima de los *Apophthegmata Patrum* ha sido hecha sobre ese modelo.

Si se considera ahora, ya no la forma de las colecciones, sino el género

de los apotegmas, somos conducidos hacia la misma conclusión. El “apotegma” revela ser de un género literario al cual pertenecen igualmente la sentencia, la “chrie” y la máxima; se distingue por su concisión. El sofista Troilos de Side lo define como “una palabra concisa y contundente”, *logos suntomos kai eustochos*, fórmula que se vuelve a encontrar casi tal cual en un apotegma: los hermanos piden a un *abba* Juan a punto de morir, que les diga *logon tina suntomon kai sôtèrion*, “una palabra concisa y salvífica”²²; “salvífica” es la nota propia del apotegma cristiano, que responde a la pregunta: “¿Cómo podré salvarme?”; pero el mismo apotegma es una palabra breve, concisa, “lacónica”, como la de los espartanos a los que hacía referencia Plutarco.

Por último, si consideramos la materia misma de los apotegmas, tal como aparece en las grandes colecciones (acerca de lo que no puedo lamentablemente extenderme), se constata que estas son tributarias, desde ese punto de vista también, de una rica tradición literaria: uno ve allí retomados temas, comparaciones, proverbios o apólogos extensamente expandidos en ese entonces, sobre todo entre los fabulistas griegos y latinos. Por lo tanto las grandes colecciones de apotegmas no fueron constituidas en el medio monástico, donde nacieron los apotegmas y donde predominaba un cierto anti-intelectualismo, incluso una gran desconfianza con respecto a los libros (los remito, entre otros textos, a aquel que citaba hace un momento, donde son castigados los que, en lugar de poner en práctica las palabras de los padres, ¡las ponían por escrito y las ordenaban en las bibliotecas!). Ciertos indicios llevan a pensar que esto sucedió en Palestina, más que en Egipto.

Uno puede pues representarse así la historia de la formación de las colecciones de apotegmas: en el origen hubo una enseñanza, desprovista de todo carácter didáctico, dada en copto y que permaneció probablemente en forma oral en esa lengua, situada en un medio bien determinado, evocando rasgos específicamente egipcios (un cierto chauvinismo egipcio se percibe en el fondo más antiguo de esas colecciones), observaciones realistas y concretas en la representación del medio monástico y de los mismos lugares. Transmitidas primero oralmente, esas palabras fueron consignadas en pequeñas colecciones, después recogidas en grandes colecciones, donde se dio entrada al mismo tiempo a una abundante materia nueva: apotegmas de origen extranjero, sobre todo palestinos; relatos a veces muy extensamente desarrollados; extractos, puestos artificialmente en forma de apotegmas, de obras literarias (por ejemplo, tratados

de Isaías, de Evagrio, con su nombre o con el de san Nilo, de Casiano traducido al griego, etc.). Esas grandes colecciones no cesaron, seguidamente, de enriquecerse y de modificarse, al ser la materia de los apotegmas esencialmente maleable y siempre susceptible de crecer, y esto, no solamente en griego, sino también en las numerosas versiones que se fueron haciendo en diversas lenguas.

La historia de la formación de los *Apophthegmata Patrum* parece ser análoga a la que la crítica neotestamentaria ha podido establecer para la formación de los evangelios, a partir de las *logia* o palabras de Jesús: en los dos casos, nos encontramos en presencia de textos en los que ha sido consignada una enseñanza entregada primero bajo la forma de “dichos”, en lengua vernácula, *logia* arameas o apotegmas coptos, transmitidos oralmente durante un período más o menos largo, al término del cual se han constituido pequeñas colecciones de palabras, como esas “*logia* de Jesús” que han dado a conocer, muy fragmentariamente, a principios de ese siglo, los papiros de Oxyrhynchos y, de modo más completo, en versión copta, el *Evangelio según Tomás*, descubierto en 1945-1946, donde cada palabra de Jesús es simplemente introducida por la fórmula: “Jesús dijo...”. Esas colecciones sirvieron seguidamente para la redacción, en lengua griega como para los apotegmas, de los textos que conocemos, donde las palabras de Jesús están insertas en un relato. Pero, a diferencia de los evangelios que tomaron rápidamente la forma de un “canon” cerrado, donde los *agrapha*, es decir, las palabras no inscriptas en el texto canónico, quedan siempre fuera y toda adición es excluida, las colecciones de los *Apophthegmata Patrum* han permanecido siempre abiertas, susceptibles de recibir nuevos apotegmas provenientes de otros medios o de otras épocas, como también de antiguos apotegmas que se les habían escapado primero, pero que se mantenían conservados en la tradición oral o en escritos independientes. Por otra parte, mientras los evangelios han conservado una forma *ne varietur*, la materia de esas colecciones siempre se ha mantenido fluida y maleable, tomando las más diversas formas según las regiones y las lenguas en las cuales se han expandido. Pero, aunque recubierto por esas capas sucesivas, el fondo egipcio se ha mantenido, permaneciendo como el elemento esencial, y es gracias a ellas principalmente que el monacato de los desiertos del Bajo Egipto pudo conservar un valor ejemplar al lado de toda la tradición monástica ulterior, tanto en Occidente como en Oriente.